

BASICS 2

He aquí una enseñanza, un Conocimiento Universal: la filosofía genuina... de PB

Llegará inexorablemente el día en que esta pluma ya no se moverá y, por ello, deseo dejar un registro para beneficio de quienes vendrán después de mí, un sagrado y solemne testimonio de que sé —con la misma certeza que sé que no soy la pluma que escribe estas líneas—, que un Ser benigno, sabio, protector y divino, a quien las personas llaman Alma, y al que yo llamo Yo Superior, verdaderamente existe en el corazón de cada ser humano y, por lo tanto, todos lo pueden descubrir. Pues la presencia de lo divino en lo más profundo de nuestro interior es la garantía de que debemos ineludiblemente buscarlo y encontrarlo.

He aquí una enseñanza que el intelecto puede aceptar y que la conciencia puede aprobar. He aquí ideas complejas que el ser humano de hoy necesitará tiempo para asimilarlas a su manera; he aquí concepciones incipientes cuyo pleno significado puede pasar desapercibido al principio, pero que se revelarán tan gradualmente como los árboles se revelan a partir de las semillas.

Una enseñanza tan elevada nunca debe forzarse en los demás; primero se debe sentir el deseo de encontrar la verdad, y éste debe ser fuerte lo suficiente para comenzar a buscarla. Por tanto, cada ser humano obtiene las verdades a las cuales tiene derecho. Todo es una cuestión de madurez.

Es una enseñanza dirigida a quienes tienen una mente amplia y un corazón aún más grande, y que ya no se conforman con credos o sistemas que solo son parcialmente ciertos.

La filosofía es para aquellos que exigen lo máximo, que no se conforman con menos y que tienen el discernimiento suficiente para distinguir entre lo auténtico y sus numerosos sustitutos.

Ante el sectarismo, con sus rivalidades y recriminaciones, la filosofía se mantiene al margen y en silencio. A diferencia de las sectas, se ocupa de verdades universales que siempre serán válidas.

A menos que los seres humanos posean la capacidad intuitiva correcta, no pueden captar esta enseñanza, ya que se encuentra a una altura más allá del alcance de lo burdo y de lo materialista.

Aquellos que estén satisfechos con centrarse en el ego no se sentirán atraídos por tales enseñanzas, que educan a los alumnos para cultivar constantemente un alejamiento del ego.

Descartan la enseñanza en cuestión de segundos, bajo la creencia errónea de que el que la expone no es más que otro líder sectario. Es fácil caer en un error tan grave, ya que no saben nada al respecto, ni sobre la antigua tradición que hay detrás.

Esta enseñanza solo será de interés para aquellos que durante mucho tiempo han aspirado a una experiencia superior a la ordinaria.

Existe una enseñanza que responde a las necesidades de cada tipo de mente. Dada la gran variedad de tipos que hay en el mundo, hay espacio para una gran variedad de enseñanzas. Pero dicho esto, y al poner en práctica nuestra tolerancia, no debemos ignorar el hecho de que, al igual que existe una progresión de niveles de calidad entre estas mentes, también la hay entre las enseñanzas.

La enseñanza no tiene por qué salir al encuentro de las personas. Estas encontrarán su propio camino para acercarse a ella a medida que se desarrollan a través de la ciencia, la religión, el arte y la vida.

Algunos que nunca antes habían oído hablar de estas enseñanzas las consideraron tan razonables, tan inspiradoras y tan útiles que las aceptaron instantáneamente como verdaderas.

Si hay algún futuro para una enseñanza, está asociado al presente. No tiene que estar a la defensiva así como tampoco tiene que proclamarse con altavoces. Su existencia está justificada por la necesidad esencial de la humanidad de saber qué es, qué es el mundo y qué hacer de su propia vida. Si la humanidad encuentra satisfechas esas necesidades en sus religiones ortodoxas, en el misticismo y en la metafísica, pues bien, así debe ser. Porque solo cuando las haya probado y puesto a prueba todas, solo cuando haya constatado sus insuficiencias y fracasos, solo cuando su propia mente y su corazón hayan madurado lo suficiente, es probable que aprecie nuestra enseñanza. La gran amplitud intelectual de esta

enseñanza, la gran compasión que inculca y el equilibrio sensato que defiende deben hacerla atractiva para aquellas mentes inquisitivas que no solo buscan lo mejor, sino que están preparadas para ello.

Los principios de la química no llevan asociado el nombre de ninguna persona. Los aceptamos no porque tal o cual persona los haya descubierto, sino porque cualquiera puede comprobarlos y demostrarlos en cualquier lugar. Lo mismo ocurre con los principios y las enseñanzas [espirituales]. Dado que se basan realmente en hechos, no se debe esgrimir ningún nombre ni personalidad como garantía de su veracidad. Deben presentarse de forma impersonal. Esta es una enseñanza que puede ampliarse y que se ampliará; que está abierta al cambio, a la corrección y a la mejora, como toda ciencia. Nos pide que observemos los hechos de la vida y veamos cómo la respaldan. Deben examinarse como hechos reales que se encuentran en la naturaleza. Se hará hincapié en estos hechos, y la personalidad del profesor quedará en un segundo plano.

Es más sensato centrar la atención en la enseñanza y no en la personalidad del profesor.

La utilidad de la filosofía

Para quienes han dedicado varios años a su estudio detallado, esta enseñanza no es una cuestión de creencia piadosa ni de pensamiento fantasioso, sino un hecho comprobado y una verdad demostrada. Tampoco depende, para ellos, de la palabra de algún ser humano del pasado ni de la tradición de algún siglo pasado. Se basa en pruebas verificables y apela a una actitud científica.

Así, la verdad de la religión —vagamente intuitiva, apenas comprendida y siempre simbólica— se transforma, gracias a la filosofía, en un conocimiento claro, completo y directo.

En ningún momento de la historia la brujería y la magia han demostrado ser medios totalmente fiables y siempre válidos para hacer frente a situaciones personales angustiosas. Sentimos la necesidad de contar con procedimientos contrastados que hayan dado resultados más satisfactorios, lo que significa que necesitamos una comprensión racional y técnicas racionales para abordar esos problemas.

La interferencia del ego se manifiesta tanto en la vida práctica como en la vida mística. Bajo su influencia, las personas se crean una imagen mental falsa y favorable de una situación o de una persona. A continuación, esperan que esa situación o persona produzca resultados que, por su propia naturaleza, no podrían producirse. Esto les lleva a la decepción y a la infelicidad. También puede ocurrir que esas mismas personas se creen una imagen falsa pero desfavorable y luego critiquen duramente a otra persona por defectos que no existen fuera de esa imagen. Esto conduce a la desarmonía y a la fricción con los demás. A partir de este sencillo ejemplo podemos ver que la eliminación de la interferencia egocéntrica —un objetivo que la disciplina filosófica se propone— no es meramente una cuestión teórica para soñadores o ermitaños que no tienen nada mejor que hacer, sino que es una cuestión práctica que promete grandes beneficios prácticos para todo aquel que tenga que vivir o trabajar en el mundo. La acusación de que la filosofía es inútil solo puede ser formulada por aquellos que no se han informado suficientemente al respecto.

La filosofía ve la totalidad del camino y, por eso, puede indicar correctamente el siguiente paso a quienes aún lo recorren a tientas.

Entender y aplicar la filosofía

La idea de que la filosofía tiene algo de fútil, un asunto de poca importancia e infructuoso, es bastante correcta cuando se aplica a lo que con frecuencia aparece bajo ese nombre, pero bastante incorrecta cuando se aplica a la filosofía genuina; y es la filosofía genuina la que se presenta aquí.

Cuando un ser humano está dispuesto a reconocer su ignorancia, está listo para iniciar su estudio de la filosofía. Cuando un ser humano está dispuesto a liberarse de la influencia distorsionadora de las emociones y pasiones que lo mueven, está listo para iniciar el estudio de la filosofía.

La filosofía será poco interesante para aquellos que solo ansían satisfacciones animales y egoísmos humanos. La filosofía es para los seres humanos más evolucionados, quienes entienden que es posible una vida más elevada y que vale la pena trabajar por ella.

Sería inútil imponer estas verdades a personas que no están preparadas y obligarlas a seguir un camino de crecimiento espiritual que no se adapta a sus gustos y temperamento. La persuasión debe surgir de forma espontánea, a través de una atracción interior.

Esta enseñanza solo puede ser entendida por aquellos que tratan de vivirla, todos los demás simplemente piensan que la entienden. Solo aquellos que la han incorporado en sus vidas durante un número de años pueden saber cuán intensamente práctica es la filosofía.

La forma en que cada persona aplique esta filosofía a situaciones concretas de la vida cotidiana —pues vivimos en una época pragmática y una doctrina se juzga y se pone a prueba no solo por lo que pretende hacer, sino también por lo que realmente hace— es, con toda razón, asunto y responsabilidad de cada cual.

¡Aprended a poner en práctica las enseñanzas en medio del mundo, sí! con todas las tentaciones y pruebas; a rechazar las virtudes de clausura que, al no haber sido puestas a prueba, quizá no sean virtudes en absoluto; a permanecer entre los seres humanos ignorantes y sufridores que necesitan iluminación y no dejarlos pudrirse en su oscuridad; a afrontar las dificultades de la vida mundana como valientes estudiantes de filosofía y no como cobardes débiles; a ser tan generosos y tolerantes, tan de mente abierta e inteligentes como para no aislarlos; en resumen, a seguir el consejo de Jesús y estar en el mundo sin ser del mundo.

Un logro como el que propone la filosofía no se puede alcanzar de golpe. Hay que ir acercándose a él mediante una serie de pasos preparatorios. Al principio, estos serán lentos, pero luego se acelerarán y, hacia el final, serán repentinos.

Hay un largo viaje desde la condición de buscador hasta la de sabio. Pero esto solo es cierto en la medida en que atribuimos realidad al tiempo. Para aquellos que saben que nuestra existencia humana es un movimiento a través de acontecimientos, pero que el ser humano, en su esencia, trasciende todos los acontecimientos y habita en la atemporalidad, este viaje puede acortarse considerablemente o llegar rápidamente a su destino. Para ello, se requiere una comprensión profunda de la filosofía y su aplicación incesante a la propia vida.

Imagina que supieras que este fuera tu último día en la Tierra. ¿Cómo te comportarías con los demás? ¿No dejarías de lado todas las actitudes cortoplacistas y te elevarías por encima del mezquino egoísmo, las lamentables enemistades y las duras discordias que pueden haber empañado tu pasado? ¿No tratarías al menos de sentir buena voluntad hacia todos los seres humanos? Así es como la filosofía te insta a comportarte en todo momento, y no solo en tu lecho de muerte.

La práctica de la filosofía no es fácil, pero es la única forma de obtener sus beneficios. Cuando se arraiga firmemente en la vida cotidiana, en la experiencia, en el comportamiento y en la actividad, su verdad se pone a prueba y perdura, quedando sólidamente confirmada.

La filosofía se eleva por encima de las sectas y, por lo tanto, está libre de disputas, fricciones y hostilidades sectarias. Es naturalmente tolerante, a sabiendas de que a medida que los seres humanos aumentan el desarrollo cultural y moral, sus creencias se elevan en veracidad y nobleza.

La filosofía trata de llevar al ser humano a tomar consciencia de su propia divinidad por sí mismo. Por ello, trata de conducirlo hacia el pensamiento independiente, el esfuerzo personal y el desarrollo intuitivo. Este no es el camino más popular ni el más fácil; no ofrece el consuelo propio de la vida en grupo ni el apoyo de la comunidad. Pero es el único camino para quien busca la verdad absoluta. Aunque el estudiante solitario pueda sufrir ciertas desventajas, también disfruta de ciertas ventajas indudables.

Precisamente porque vivimos en tiempos de agitación sin precedentes, la luz de la filosofía resulta tan necesaria. Cuanto más angustiosa es la época en la que vivimos, más necesaria es la búsqueda de aquello que nos eleve por encima de toda angustia.

La filosofía te mostrará cómo encontrar tu mejor ser, te conducirá a cultivar la intuición, te guiará para que adquieras los más profundos valores y una férrea voluntad, te entrenará en el pensamiento correcto y en la sabia reflexión, y, por último, te mostrará lo que es éticamente correcto o equivocado. Si su estudio teórico resulta tan satisfactorio que puede ser un fin y una recompensa en sí mismo, su aplicación práctica a la vida cotidiana es inconmensurablemente 'útil', valiosa y provechosa.

La filosofía te insta a seguir su propósito y a poner en práctica su ética en tu propia vida antes de pedir a los demás que lo hagan. Solo después de haberlo logrado, podrás tener el derecho a dirigirte a ellos. Solo después de haber descubierto sus resultados y haber puesto a prueba sus valores por ti mismo, podrás guiarlos sin correr el riesgo de caer, por un lado, en el engaño o, por otro, en la hipocresía.

Ningún filósofo se ha alejado jamás de estas enseñanzas. Ningún estudiante de filosofía lo ha hecho sin volver a ellas más tarde, una vez que, con el tiempo y la experiencia, había evaluado más a fondo su valor comparativo o su verdad frente a cualquier otra cosa que hubiera probado.

La filosofía nos ofrece, como primera verdad, la afirmación de que vivimos en un universo con un propósito y no en uno regido por el capricho.

La filosofía nunca deja de afirmar que el alma existe y que la consciencia humana puede elevarse hasta alcanzarla.

La filosofía incluye religión pero no «una» religión. Es universal, no sectaria. [N. del T.: 'religión' en su etimología del latín 'religare', de «volver a unir» al ser humano con la divinidad, con lo trascendente]

La actitud filosófica mantiene la imparcialidad y la cortesía incluso hacia quienes atacan a la filosofía.

La filosofía exige que hagamos realidad nuestros ideales. La sabiduría debe manifestarse en actos que estén en consonancia con ella; de lo contrario, no es sabiduría. La acción es el factor decisivo, la prueba de fuego de todas las pretensiones místicas, metafísicas y religiosas de una ética superior. Por lo tanto, los valores éticos —como la compasión y la integridad—, que surgen de la experiencia interior de la meditación metafísica y mística, también deben defenderse en el mundo exterior del espacio-tiempo.

El más alto logro en filosofía, aquel del Sabio, viene de la unión del más aguzado y sutil pensamiento con la capacidad de entrar en un estado de libre pensar —una combinación de verdadero conocimiento con vivencia de paz— equilibrada, unida, que conduce a la verdad. Esto es lo que hace a un Sabio, su comprensión y su paz le son propias, él no depende de ninguna otra persona. Sin embargo, no es la emoción del pequeño ego ni su intelecto lo que lo ha llevado hasta esa verdad, sino la mente humana más elevada, el sentimiento humano más refinado. El ser humano completo —el Sabio— no puede perder lo que ha logrado. Es el más elevado poder que trabaja dentro del ser humano.

El Mensaje Intemporal de Paul Brunton

Esta síntesis se ha desarrollado a partir de las investigaciones de alcance mundial del escritor, así como de las tradiciones secretas de los maestros orientales, las experiencias personales de los adeptos occidentales (adepto con el significado de aquel que ha alcanzado la iluminación) y las necesidades de los aspirantes contemporáneos. Acoge con satisfacción la tendencia hacia el interés por el yoga y el misticismo, pero lamenta que gran parte de ese interés se dirija hacia modelos antiguos o medievales que no se adaptan a esas necesidades, las cuales se basan en condiciones profesionales y laborales desconocidas para dichos modelos anteriores. En esta síntesis se han incorporado los frutos recabados de los grandes tesoros del pasado, a los que se suman los nuevos y creativos hallazgos del presente. Oriente y Occidente, lo antiguo y lo moderno, se han unido para dar lugar a esta enseñanza distintiva. No basta con resucitar las doctrinas y los métodos de una época pasada; también debemos desarrollar los nuestros propios. Y esto solo puede lograrse a partir de la experiencia directa de la iluminación en las condiciones actuales.

No soy un mero transcriptor del pensamiento hindú. Algunos hindúes y sus conversos occidentales que antes creían eso se dan cuenta ahora de su error, y muchos otros lo verán más adelante, antes de que mi pluma haya terminado su labor. Debo adelantarme a cualquier crítico indio aquí y ahora, recordándoles que enseñé esto no como una tradición india, sino como una tradición universal. La realidad actual es, en efecto, que ya no me considero un exponente de ningún sistema indio antiguo en particular. Deseo hablar únicamente de aquel conocimiento que vive en mi interior, al que he llegado a través de mi propio pensamiento, experimentación e investigación, pero que, no obstante, se basa firmemente en una reformulación de la sabiduría oculta de Asia. No reclamo ningún mérito especial por una doctrina original, sino solo por una síntesis original de las doctrinas existentes. He empleado mis talentos en la dirección de la elección más que en la de la invención. Sin embargo, esto no fue cosa menor. Si salí airoso y conservé mi cordura, fue solo a costa de esfuerzos gigantescos que tal vez allanen el camino de quienes me sigan cuando yo ya no esté. Lo que me guió a través de este laberinto fue la luz de mi propia experiencia filosófica.

No se trata de una enseñanza personal, exclusiva de su autor. Sus principios fundamentales se han enseñado desde la más remota antigüedad, tanto en el Lejano, el Medio y el Cercano Oriente, como en las grandes culturas mediterráneas. Es cierto que no se enseñaban a la mayoría de la gente, pero eso se debía únicamente a que esta no había alcanzado el nivel educativo necesario para comprenderla y acogerla. También es cierto que el autor ha adaptado la enseñanza a la situación actual, pero ello no altera en lo esencial su contenido.

He aquí, pues, una enseñanza muy antigua y muy sabia, que resume todo el conocimiento humano, tanto real como posible, y que le muestra al ser humano cómo forjar mejor su vida personal y práctica. No soy yo su creador. Mi tarea es solo presentársela nuevamente a un mundo convulsionado, fracturado y ciego que espera por este conocimiento disponible en forma moderna, igual que un viajero perdido espera el amanecer.

Estas enseñanzas no son el resultado de conjeturas ni el espejo de opiniones. Son conocimientos obtenidos mediante una apertura de los ojos internos. Este hecho debe ser señalado, con toda humildad, si han de llevar al lector la reveladora comprensión que estas ya le han brindado a quien las escribió.

Hoy, la tarea apremiante es que la filosofía comunique su mensaje. La tarea secundaria consiste en ayudar a que quienes reconocen este mensaje lleguen a comprenderlo correcta y apropiadamente. La primera actividad está destinada a las multitudes y es, por consiguiente, pública. La segunda es para los individuos y, por lo tanto, privada.

Estas enseñanzas han aparecido en el mundo en su forma actual y en nuestro tiempo porque responden a una necesidad real de un determinado segmento de la humanidad.

Una enseñanza que ayude a hombres y mujeres a afrontar la adversidad con valentía, la oposición con serenidad y la tentación con sabiduría puede, sin duda, prestar un verdadero servicio al mundo moderno.

¡Manteniendo viva esta enseñanza!

El valor de esta enseñanza no depende del número de personas que se compromete con ella. Cuanto más débil sea la respuesta que reciba del mundo en general, mayor deberá ser el esfuerzo que realicen los pocos que verdaderamente creen en ella para continuar manteniéndola viva.

Hay grandes verdades que el mundo necesita hoy, pero que el mundo no está buscando conscientemente y, por eso, no aceptará fácilmente. Aquellos que han encontrado esas verdades, que han probado su realidad y visto su valor, no están por consiguiente deseosos de comprometerse en el camino inútil de ganar nuevos seguidores. Silenciosamente ponen la Verdad a disposición de cualquiera que esté dispuesto a tomarse la molestia de buscarla.

Aquellos de nosotros que somos humildes portavoces de la filosofía no buscamos triunfos fáciles ni esperamos rápidas victorias. Sabemos dónde la naturaleza humana está hoy. Estamos resignados a aceptar los resultados que sean, porque estamos convencidos de que las fuerzas que promueven el crecimiento mental y moral del ser humano son irresistibles, que por más lento y largo que sea el viaje humano, nunca se podrá impedir su llegada definitiva a la Verdad, a la Belleza y a la Bondad.

La obra de Paul Brunton y su amor por la Verdad

El amor es genuino sólo cuando deja de ser personal y se vuelve impersonal, cuando trasciende lo particular para convertirse en universal, entonces llega a su plenitud y alcanza su propia integridad, sin mezclas ni adulteraciones.

He recopilado mis materiales tanto de Occidente como de Oriente, tanto de la ciencia moderna como de la metafísica antigua, tanto del misticismo cristiano como del ocultismo hindú. Mis investigaciones no se limitaron a los libros modernos, los textos antiguos y los seres humanos vivos; también se llevaron a cabo en lo más profundo de mi propia consciencia.

Deseo, por lo tanto, presentar ante los lectores los fundamentos de esta filosofía oculta en forma concisa y expresión sencilla... ponerlos en posesión de los principios básicos de esta existencia y proporcionarles un hilo de Ariadna que los guíe a través del laberinto de la vida en este mundo, y de las vicisitudes que surgen de toda experiencia y reflexión. Incluso si fallara en lograr esto, pero fuera exitoso en encender dentro de cada Ser, un poco del amor por la Verdad, esa búsqueda apasionada por el significado de la vida, ese valor de toda experiencia en este mundo maravilloso, habré logrado lo suficiente para justificar nuestro encuentro en estas páginas.